



BAJO LA TORMENTA

AMOR EN EL AIRE

Anabella Córdoba



BAJO LA TORMENTA

AMOR EN EL AIRE

Anabella Córdoba

Bajo la Tormenta

Anabella Córdoba

Bajo la Tormenta por Anabella Córdoba

Copyright ©2020 Anabella Córdoba

Marzo, 2020

Alajuela, Costa Rica

Primera edición

Este libro es un trabajo de ficción. Todos los personajes y eventos en este libro son ficticios y cualquier parecido con la vida es pura mera coincidencia.

Kindle ISBN:

Primera edición

A quien lo lea y me esté dando su apoyo

BAJO LA TORMENTA

Un grupo de niños de apenas once años jugaban en el parque más cercano del suburbio al que todos pertenecía. Eran grandes amigos y asistían a la misma escuela.

Sus pasatiempos favoritos después de un día de clases era jugar a corretearse entre ellos jugando a “ladrones y policías” o “quedó”.

Era bastante divertido. Se les podía apreciar debido a las escandalosas risas y gritillos que los niños pronunciaban continuamente.

Mientras los chicos jugaban, la única niña del grupo decidió hacerle una broma al niño que tanto le gustaba. Pero era un secreto. Ella solo fantaseaba con él el vivir en un cuento de hadas, en dónde él fuese su príncipe encantado.

Era un secreto, debido a que si los demás chicos del grupo de amigos lo supieran, seguramente el niño que le gustaba se alejaría de ella y con ello, los demás chicos se burlarían de ella.

Así que se armó de valor.

Ella tenía que lograr que por ese día, John, el chico de sus sueños, la notara.

A hurtadillas se acercó a la mochila que el niño había dejado olvidada a las raíces de un árbol. Sin que la notaran, abrió la mochila. Percibió al instante el perfume que usaba el chico impregnada en toda ella y aspiró el aroma, haciendo fluir su imaginación.

Sin atrasarse más, buscó algo de valor.

Lo primero que encontró fueron varias bolsitas de *snacks* que el chico siempre compraba para merendar luego de un largo rato de juegos.

Al pasar el par de horas que los chicos llevaban jugando, ellos decidieron descansar y comer algo de lo que traían en sus mochilas.

Sin embargo, al abrir su mochila John, lo único que pudo encontrar fueron sus libros y cuadernos de la escuela.

—¿Dónde están mis *snacks*? —rugió el niño. Pasó la mirada a todos los presentes. Los chicos mantenían una mirada perpleja. Sabía que le habían hecho una broma.

—¿Ya revisaste bien?—preguntó uno de los chicos, llamado Charlie.

—Sí—aseguró—. No es gracioso.

Los demás chicos menearon la cabeza.

Su mirada siguió su camino, examinando los rostros de cada uno, hasta terminar en el rostro de la única niña presente.

Ella lo miró perpleja por un instante y de la culpa que sentía, las ganas de infundir una carcajada se destaparon. Ella trató de disimular. Se llevó la mano a la boca y optó por tener una apariencia como de asfixiada.

—Michelle—la miró el chico con atención.

Ella se ruborizó al oír al niño diciendo su nombre.

Los demás chicos la observaron, pero ella se encogió de hombros y meneó la cabeza fingiendo no saber nada.

El chico observó a la niña con atención para notar si ella hacía algo que la descubriese. Pero algo en sus adentros se comprimó y decidió rápidamente quitar la mirada de ella antes de que ella lo notara también.

Ahora tendría que ignorarla para que nadie se enterase.

Era su secreto.

Si los demás chicos se enteraban de que él gustaba de ella le acusarían de asqueroso. Y pasaría una gran vergüenza. Más si se trataba de Michelle, la niña que se unía a jugar con chicos porque no es como las demás niñas. A la que veían como otro chico del grupo nada más.

Por lo mismo, prefirió dejarlo así, no comer nada y sentarse al lado de sus amigos sin decir nada más.

Para cuando los demás niños se fueron, Michelle se quedó un rato más comiendo su merienda sentada en una raíz de un árbol, mientras veía a John callado a lo lejos. Este entornó sus ojos verdes a ella y la miró con intensidad. Él no sabía si sentía rabia o admiración.

En el fondo, sabía que esa broma lo había hecho ella.

Cohibida, incómoda y ruborizada, Michelle terminó su merendar y se puso en pie para irse de allí. Sabía que si él se había quedado allí por tanto tiempo sin hacer nada, era porque él ya sabía que la organizadora de la broma había sido ella.

Se sentía culpable de dejar el chico sin poder comer nada durante bastante rato. No podía negarlo.

Quería salir corriendo.

No había medido las consecuencias que le acarrearía. John la odiaba, de verdad. Y ya no se fijaría en ella de la forma que ella que quería, sino que se fijaría en ella para odiarla e ignorarla.

El chico se puso en pie también y caminó hasta alcanzar a la chica. Ella temblaba de miedo porque no quería enfrentarlo, por lo tanto, continuó caminando tratando de ignorar a John que la seguía.

—Michelle— llamó vacilante a la chica. Le temblaba la voz pero debía de fingir muy bien una voz firme.

— ¡Ya déjame, John! —ella gritó ofuscada— ¡No he robado ninguna bolsa de snack!

— Michelle—la volvió a llamar. La voz le falló esta vez—. No es eso —dice pero no deja de caminar al lado de ella—. Olvídalo.

— ¿Entonces porque tanta insistencia en seguirme? — ella se volteó y lo encaró. Le impresionó bastante encontrarse con John y sin expresión de odio o rabia en su rostro.

Él la miró sin poder decir nada por unos segundos. Estaba demasiado nervioso.

No sabía que iba a decir como excusa del por qué había estado siguiéndola por un trayecto de casi diez metros.

— Es que necesitaba hablarte algo—improvisó tartamudeando un poco.

Michelle frunció el ceño, pero no quería ponerse a pensar qué era lo que John realmente quería. Sólo quería huir del momento. Él podía estar sospechando y lo que se podría sacarse es que John la odiara y por supuesto, eso ella no lo quería.

—Pues mejor dímelo mañana o por mensajes—se escuchó un trueno lejanamente—, ya va a llover y no traje la sombrilla.

Ambos en ese instante miraron al cielo el cielo. Las nubes se veían grises y cargadas en el horizonte.

— Entonces te lo diré mientras caminemos—dijo el chico. Sin embargo, se regañó así mismo por tener la necesidad de contarle de una vez por todas a Michelle lo que sentía por ella. Sí. Por eso actuaba tan extraño. Por eso, su boca no podía parar de divagar excusas para quedarse con ella.

—Bien—aceptó la niña levantando los ojos y los hombros fingiendo desinterés y despreocupación. Aunque en el fondo iba cavilando internamente.

Durante todo el camino, John no encontró la manera de decirle a Michelle que estaba enamorado de ella. Pensaba si se lo diría directamente y rápida, aunque no se atrevía.

¿Se lo insinuaría? ¿Pero, cómo?

Ella jamás lo iría a entender. Quizá estuviese tan nervioso que ella atropellaría las palabras y ella se burlaría de él.

Así que se mantuvo a un lado de ella caminando y fingiendo estar relajado. Aunque no lo estaba, entonces para disimular le contaba chistes malos mientras se le ocurría algo.

La chica por su parte, sintió que la tensión disminuía.

Los chistes de John eran malos y quién sabe de dónde diablos los había tomado o si los ha inventado. Pero no importaba. El chico de sus sueños, por fin había volcado sus ojos hacia ella. Aunque al inicio estaba tan nerviosa que le impedía reírse, poco a poco obtuvo más confianza hasta comenzar a reír en grande.

Un rayo iluminó el cielo, ya oscurecido. El estruendo fue tan fuerte que hizo vibrar todo el ambiente a su alrededor.

Michelle pegó un gritillo ahogado. Los rayos y estruendos así siempre la asustaban mucho, más cuando la tomaban desprevenida.

—¿Te dan miedo los rayos?—el chico preguntó intrigado.

La chica meneó la cabeza.

—Me tomó por sorpresa—dijo ella en un hilito de voz.

La chica comenzó a apretar el paso. No quería en realidad que los tomase la tormenta en pleno parque lleno de árboles, no obstante, salir del parque rápidamente es bastante difícil debido a la longitud de este.

—Creo que al final no me dijiste lo que me ibas a decir—comentó de pronto la chica. John le seguía el paso con facilidad. Ella se sentía cansada. Si fuera por ella, se hubiera sentado en una banqueta a descansar. Pero no podía. La tormenta se acercaba con prontitud.

—Pues no—dijo él sinceramente.

—¿Qué esperas?—le motivó. Pero John, no lo había pensado bien. Aún estaba indeciso en la forma de cómo se lo iba decir. Si es que al final se decidía en decírselo.

Las grandes nubes negras estallaron de un sólo golpe sin esperárselo ninguno de los dos.

Las gotas eran enormes y frías, haciendo que se sintieran como semillas cuando estas chocaban contra la piel de ambos chicos, empapándolos en pocos segundos.

Comenzaron a correr en búsqueda de un sitio en dónde resguardarse de la tormenta. Sin embargo en todo el trayecto, solo podían ver con mucho costo el sendero por el que caminaban y más árboles.

La respiración de ambos se entrecortaba y se hacía cada vez más pesada ya que cada vez se hacía más difícil correr. Jadeaban a grandes volúmenes mientras corrían por debajo de las copas de los árboles.

El lugar por el que corrían cada vez se encharcaba más y se hacía cada vez, más difícil el poder dar un paso seguro. Sin embargo, los dos

niños siguieron corriendo. Temiendo porque les cayera un rayo, los cuales no paraban de caer y de provocar estruendos terribles en el ambiente.

Michelle seguía el trayecto ciegamente. Su cabello mojado tapaba gran parte de su visibilidad, pero sabía que John estaba en cierto modo guiando sus pasos para salir del parque de una vez por todas.

Ignorando un gran charco, dio un paso en falso, topándose de pronto con una raíz de un árbol prácticamente invisible. Era pequeña, pero lo suficientemente molesta como para caer al suelo lleno de fango.

No obstante, John que corría detrás de ella a toda velocidad, igualmente a ciegas por la lluvia espesa, tropezó con ella cayendo dolorosamente encima de ella.

Todo el fango explotó en sus rostros y ropas.

— Tonto— se quejó Michelle quitándose el barro de la boca. Su rostro estaba lleno de barro también, pero la lluvia lo barrió segundos después.

—*Auch*— se quejó también John, que había caído encima de la chica.

La chica sentía todo el cuerpo arder de dolor. Su pie quizás se había torcido porque dolía como los mil demonios.

—¿Estás bien?—preguntó John con preocupación al verla arrugar el gesto de dolor.

La chica se percató de inmediato de su cercanía con su rostro y aunque dolía todo prefirió aguantar el dolor y asentir con fuerza para que él se retirara y reanudaran el camino a casa.

—¿Segura que estás bien?—volvió a preguntar John, estaba realmente preocupado y sabía que Michelle podría estar sufriendo bastante por la torcedura de tobillo más el golpe de haber caído al suelo junto con su peso.

La lluvia aún seguía precipitándose con fuerza y esta mojaba los mechones del cabello de ambos, haciéndolos chorrear agua.

La preocupación se apreciaba en los rasgos de John, haciendo que Michelle no evitara poder mirarlo. Sus miradas permanecieron conectadas, a pesar del nerviosismo de ambos.

Por un instante, dejó de existir la fuerte lluvia, los rayos, los truenos que resonaban sin cesar y el molesto y apestoso fango en el que estaban que estaban. Solamente ellos dos. Como si estuvieran encerrados en una burbuja donde nada los ahuyentara.

John no pudo evitar acercar su rostro al de ella aún más. A la vez que estaba disputándose en sus adentros si debía ponerse en pie y ayudar a levantarse a Michelle, o seguir lo que su instinto le decía: *besar a la chica*.

Se moría por hacerlo.

Había soñado tantas veces con hacerlo. Y siempre se sentía como un verdadero estúpido cuando besaba la palma de su mano practicando en la oscuridad de su habitación antes de dormirse para practicar por si acaso algún día se daba la oportunidad.

¿Y si estaba en su momento de oportunidad?

No era lo que había soñado. Para nada. Sus sueños siempre se imaginaba estar en su propio auto con ella a su lado, después de una cita, o estar sentado con ella a su lado en el cine y a oscuras en una escena romántica de la película besarla allí mismo.

¿Sentiría lo mismo que siente al hacerlo en este momento?

¿Aquel cosquilleo en el estómago y esa inmensa felicidad?

Pero probar su hipótesis era más difícil de lo que puede ser en teoría.

Michelle percibió la respiración de John muy cerca de su rostro. Ella estaba fría. Le aterraba tenerlo así tan cerca. Llena de nervios. Nunca había tenido un chico tan cerca de ella y menos el chico que tanto le gustaba. Una cosa es imaginárselo y fantasear y otra cosa muy distinta es vivirlo en carne propia.

Pero en definitiva, había deseado por tanto tiempo estar tan así de cerca de John como lo estaba en ese momento.

Sólo que jamás se imaginó esta insólita versión de sus fantasías, en dónde ella estaba prácticamente sumergida en un charco de lodo, con la ropa húmeda, sucia de arriba a abajo y con un frío mortal que le helaba los huesos.

John rozó sus labios con los de ella. Michelle se erizó completamente sin ya saber si era el frío y cerró los ojos, tratando de normalizar su respiración y su corazón que bombeaba más fuerte que nunca.

John finalmente se resignó por moverse siguiendo sus instintos.

Era ahora o nunca, se animó a sí mismo pegando sus labios con los de ella, en un suave y corto beso que se vio interrumpido por los nervios de él.

¿Qué hiciste idiota?

Se alejó lo suficiente para decir un rápido y atropellado « *lo siento* ». Se rascó la nuca e intentó ponerse en pie para salir pitando de allí, sin importarle lo poco caballeroso que eso se vería.

Michelle lo miró pálida y con los ojos completamente abiertos, como pidiendo auxilio.

John intentó poner su pie derecho en el barro para levantarse pero este resbaló de nuevo cayendo encima de Michelle. Oportunidad que ella no desaprovechó esta vez. Ella ahuecó el rostro del chico en sus manos. El tacto se sentía congelado, seguramente debido a los nervios y al fuerte frío desencadenado por la tormenta y el fango.

Ambos sintieron chispas saliendo de su interior cuando ella atrajo nuevamente el rostro de John y pegó sus labios con los de él para lograr así un perdurable beso.

Esa tarde, John ayudó a Michelle a llegar a su casa porque ella no podía casi caminar. Ya había terminado la tormenta pero aún no había terminado el sueño para ellos.

Michelle y John regresaron a su casa destilando la mezcla de agua y barro, con las ropas llenas de mugre y los cabellos pegados. Sus madres regañaron a ambos por ensuciar el piso y por dejarse mojar y ensuciar de esa manera. A ambos les aseguraron un resfriado.

No obstante, a ambos no les importó.

Su mentes y corazones estaban juntos.

Y eso era, lo que finalmente importaba.

¡Espero que hayas disfrutado de este relato!

Te agradecería muchísimo que dedicaras unos pocos segundos a dejar una reseña de este relato en **Amazon** y en **Goodreads**.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¡Contacta a la autora en sus redes!



Instagram: [@anabellasbooks](https://www.instagram.com/anabellasbooks)



Youtube: Anabella Córdoba

